

Juego de café

Jesús Montoya Juárez

A mi Facultad de Letras.

Cualquiera puede afirmar que conoce la Facultad, pero no todo el mundo puede decir que sabe cómo respira su cafetería. No como aquel sujeto que este tiempo hemos visto sentado en una mesa, al fondo, solo. No recuerdo cuánto hace que apareció en nuestras vidas. Lo que sé es cuándo comencé a sentirme observado por aquellos ojos miopes, ocultos bajo un bosque de cejas que se me antojaban monstruosas. Una mañana de enero, decidí fijarme en lo que hacía y descubrí una pequeña libreta, tamaño cuartilla, de papel reciclado, que – me pareció– pretendía esconder de nuestra vista.

Naturalmente, aquello no garantizaba que tal sujeto fuera un perturbado obsesionado conmigo ni nada parecido. Sentí vergüenza cuando lo comenté con mis compañeros, a mitad de una partida de mus. Cristina me reprendió. “Vale que sea feo, pero no por eso va a ser un psicópata, ¿íbamos a chicas o a grandes?”. Tenía razón. La verdad es que era un tipo feo, tanto que cualquiera desearía que fuera un asesino, tan inquietantemente grotesco que me hubiera gustado habérmelo inventado para uno de mis cuentos. Lo comenté con Esteban: “Déjate de gilipolleces: será un poeta, la Facultad de Letras está llena de colgados. Envido”.

Mis amigos y yo tenemos el vicio compartido de habitar la cafetería en otoño, en invierno, en primavera, de incubar nuestros estudios al calor del café y, después, con una cerveza a eso de la una. Cumplíamos rigurosamente con las trescientas horas anuales en la cafetería que dictaminaban las encuestas que nunca nos han hecho. Demasiado tiempo como para competir conmigo en un conocimiento exhaustivo de aquel submundo donde desaprendíamos lo poco que habíamos aprendido en clase. Pero mientras yo me reía de algún chiste malo de Esteban, o me enzarzaba en alguna absurda discusión con Chules, al que siempre me gustaba ver cambiar su cosmopolitismo de devorador de semanarios culturales por esa *malafollá granaína* tan suya, o cuando terminaba de darle un sorbo a mi café mientras espiaba perfiles de Instagram de las compañeras más populares, veía aquella mandíbula cuadrada, aquella tez rojiza, aquellas gafas gigantescas, aquella mirada diminuta agazapada tras la espesura de sus cejas, sobresalir tras los hombros de otros estudiantes, otras tertulias, otros cafés.

Mi obsesión se hizo secreta porque ya era inútil. Ya lo había hablado con Cristina, ya me había dicho Esteban que eran gilipolleces. Así que aquel sujeto fue convirtiéndose en algo íntimo, algo

que estaba resignado a ver aparecer tarde o temprano en los silencios ociosos de la cafetería.

Una mañana nuestra relación empezó a ser perfecta. Llegué. Llegó. Entramos a la vez: yo por la puerta que da al garaje, él por la puerta de cristales de enfrente. Sentí escalofríos. He de reconocer que desde hacía semanas había alterado las clases a saltarme para encontrar el momento de inicio de su juego. Lo había logrado. Pedí mi café y, cuando alcancé la mesa, él ya se había sentado. No me miraba. Estaba girado hacia el respaldo de su propia silla, con sus bracitos regordetes buceando en un portafolios. Luego se enderezó y solo me miró cuando hubo colocado todo sobre su mesa: su libreta abierta, su bolígrafo sin tapa y un vaso de agua. Recuerdo que bebí un sorbo de café y él, de modo mecánico, tomó el bolígrafo para anotar algo. Mi terror crecía parejo a una también terrible curiosidad. Repetí la operación y hallé idéntica respuesta. Pronto tuvo que detenerse para pasar la hoja. ¿Qué tenía este tipo que ver conmigo para apuntar lo que fuera que apuntaba sistemáticamente?

Desde aquella vez he alternado el miedo con la necesidad abstinentemente de pisar la cafetería. Había días en que no salía de clase alegando excusas, como que me faltaban demasiados apuntes o que había descubierto una vocación por la sintaxis funcional. No podía revelar que me aterrorizaba la cafetería porque había un tipejo enano y miope que se dedicaba a copiar mi vida en una libreta de cuadrícula con un *bic*. Empezaron a preocuparme cada una de las bromas sobre sexo que había hecho en voz alta en la cafetería, las miradas de reojo a los *leggings* de mis compañeras, las críticas a profesores que nunca he publicado en *Patatabrava* o el vicio inconfesado de mordermelas uñas por el estrés. Porque ¿y si esa libreta estaba destinada a publicarse en redes sociales? ¿Y si aquel tipo me quería con el objetivo de una absurda campaña de desprestigio? Tardé en comprender que acaso aquello no importaba. Lo más angustioso de su macabra operación era no saber cuándo ni dónde se harían públicas sus notas. El problema no era el fin del secreto, sino su comienzo. Aquel tipo se llevaba jirones de mi vida a una zona de sombra - el papel cuadriculado - sin ofrecerme la posibilidad de leerla en tiempo real, darle un *like* o etiquetarme en ella, en un absurdo juego de café.

También había días en que apenas pisaba la clase, reclamado en la cafetería, donde me sentaba a esperar a mi personaje con una libreta de papel reciclado abierta, para ir apuntando, en un documento accesible solo para mí, cada uno de sus gestos, espejos el uno del otro. Él anotaría que yo lo miraba inmóvil; entonces yo anotaba que él estaba anotando que yo lo miraba inmóvil; luego él, que yo había anotado algo cuando él había anotado que yo lo miraba inmóvil, y después yo, que él había vuelto a anotar que yo había escrito algo cuando él había apuntado que yo había anotado que él había anotado algo cuando yo lo miraba inmóvil. Así sucesivamente, en un duelo

infranqueable en que imaginábamos un rival poderoso en mitad de una absurda partida de ajedrez.

Tras diez páginas, tres cafés fríos y más de tres horas allí, frente a sus cejas superpobladas y sus gafas de veinticinco pulgadas, me di cuenta de algo aterrador: mi rival cerró su libreta, nervioso, y salió a toda prisa murmurando algo que lamenté no haber sido capaz de anotar. ¿Era yo el vencedor? Habría querido preguntárselo, pensaba mientras anotaba que habría querido preguntárselo, cuando una voz conocida me trajo a la realidad: “¡Mírate, capullo! ¡En sepia!”. Cristina, Chules y Esteban saliendo de la nada para mostrarme, en el móvil de este, un rostro en tensión, los ojos bizcos tras los cristales miopes de mis gafas de pasta, la lengua apretada entre los labios morados mientras escribo. “Vaya careto: ¡125 *likes*! ¡Toda una estrella de la Red!”.

He sido el merecido centro de las bromas desde entonces. Mas fue en vano esforzarme en olvidar una obsesión que sigue consumiéndome. Porque alguna vez he creído ver las cejas monstruosas de un rostro familiar en autobuses, en bares de tapas, en fotografías diminutas de perfiles de *whatsapp*, tras mensajes de números desconocidos que me apresuro a borrar. Caras imprecisas que no son él, que no asustan tanto como cuando lo veo en el segundo que va desde la oscuridad a la luz eléctrica en la soledad de mi piso, cuando lo encuentro al otro lado del espejo, hasta que me doy cuenta de que el que me mira soy solo yo.